

# VIAJE HACIA EL DILUVIO DE SAL

1

MAXIMILIANO SUPO, VÍA su primo, que Gregorio Mercader se había convertido en un joven, apuesto, jugador de toda clase de fortunas, y que, comenzando a experimentar malabarismos entre espirituales y de una sensualidad definitivamente corpórea pragmática, se venía en el barco *Las alegrías de Flandes*, rumbo a unas Américas recreadas por el realismo mágico, el de un fetiche negro que con él traía. Lo que sin lugar a dudas contentaba a los marineros, tan necesitados de la satisfacción de la carne. Por lo mismo, Maximiliano exigió al gobernador de la plaza que me explicara las circunstancias de la obscenidad indispensable, con la que se recibiría al Huésped, y que, por lo tanto, para mí no sería posible jugar más en lo que yo creía era el patio de mi casa, pues, confundido yo, aquél resultaba ser nada menos que el cuadrado de la plaza de Santo Domingo, sitio donde se llevaría a cabo la ceremonia solemne por la bienvenida.

El gobernador Aguilera, encomendero soberano de la Plaza, llegó a mi presencia apenado al ser portador de la noticia, y porque yo, aunque fuera niño, estaba en cueros y danzando, exhibiciones que él en sus palacios no tenía costumbre de presenciar abiertamente. Por entonces Aguilera carecía de responsabilidad en el cúmulo de villanías con las que más tarde arrasó a nuestro pequeño mundo.

—¡Excelencia!— exclamó, interrumpiendo mis movimientos dancísticos, mediante una voz proyectada en demasía, causadora de riesgos y sorpresas que de ningún modo quiso provocar en ese momento. Más que una exclamación de saludo pareció mi palabra la amenaza lanzada al enemigo.

—¡Niño, mi niño!— me tranquilizó, no ya el portador de la noticia, cuanto el referente al que el aviso oportuno pretendía mencionar, o sea: Gregorio, El Visigante—: no espantes, que ahora mismo entro a la Plaza, emperador ficticio, en compañía de su hijo y amigo íntimo que soy yo mismo, El Mercader de Venecia.

Mis ecos vociferados empaparon las bóvedas de los edificios, y se tuvo la impresión de que la bóveda misma del cielo de la plaza de Santo Domingo se cubría de voces de tormenta, para luego descender cual lluvia violenta sobre unas montañas secas, agrietadas, que no esperaban el acontecimiento de la lluvia espléndida. Aunque, de todos modos, por las grietas penetró la lluvia torrencial, excitándose de este modo los ardores de la tierra y de sus hombres.

Temeroso, guardé silencio, continué la interrupción de mis bailes inocentes, y fui a refugiarme, no al regazo de mi madre, pues quise evitar de mis hermanos la burla, sino al camastro de mi celda conventual, a fin de enterarme de nada mediante la fatal postura del arrollamiento, pegando mi frente a mis rodillas, mis talones a mis nalgas, cerrados los ojos y tapadas mis orejas con mis manos, todo lo cual permitió que mi

## MANUEL CAPETILLO

imaginación viera y escuchara lo que fuera de mí sucedía en el mundo:

2

El barco fantasmal desciende las montañas entre nubes perfumadas con la delicadeza de los no poco afamados azufres de Michoacán. La Plaza, transformada, adquiere la apariencia de un tupido bosque de cargados follajes, donde pesadas aves dormían y obligaban por la física gravedad a esas colgantes ramas a lamer las vaporosas superficies terrestres y lacustres. El amigo del Emperador aceptó la invitación a recobrar el fresco de la hora; con parsimoniosa lentitud, obediente a ciertas indicaciones coreográficas, atendido por jóvenes que miraban tras los árboles y ocultos por algunas rocas dispuestas para la ocasión, y metidos en hoyancos, zanjas artificiales y grietas terrestres por las que se veía la ebullición líquida de los centros de la tierra. Los adolescentes recibieron una tras otra las vestimentas del recién llegado, quien al fin de todo mostraría la desnudez absoluta de una complacencia visible, que, no por ritual, ocultaba la impaciencia de sus lucimientos. La síncope aumentó la aceleración rítmica de las heces apuradas hasta la última gota de la carencia de recato. Luego, Aquel, apoyado en pies y manos sobre los hombros de los cuatro donceles agradecidos previamente, pasará su figura sobre la cubierta del navío, de modo que, a la vista de los concurrentes, su flácido miembro se endurezca debido a la cálida circulación sanguínea que en ese momento contrarreste el frío de una madrugada que anochece tras el obscurecimiento de la atmósfera. Para, al momento de arribar al principal muelle de la plaza, coronar el visitante la cubierta elevada del navío y, entre los rojos del sol que al fin apunta y los vítores de una muchedumbre antes silenciosa, recostar su cuerpo boca arriba el visitante y de ese modo elevar el más alto de los mástiles del mundo, con acompañamiento de trompetas y tambores soplados y golpeados estruendosamente, y de otros diversos instrumentos que para el momento resulten convenientes por la virtud de su excelencia.

No se hace esperar el tiempo de los cuerpos corales. Adultos castrados y barítonos negras de pechos enormes y colgantes aparecieron con carteles en honor a Changó y mezclaron la diferencia tónica de las voces dedicadas al primer himno al *Himeneo Solitario*: de improviso la atmósfera se percató de lo que ocurría, de modo que en cosa de instantes las nubecillas que envolvían al trasatlántico se disiparon, a fin de que los reflectores iluminen a sus anchas el alargamiento del mástil de por sí crecido, y para que todos vean, en la punta elevadísima del placer, los primeros

cálidos escurrimientos del aceite por el que la parte del Gigante brilla espléndida al recibir los últimos rayos de la luz del sol.

A todo esto, como la noticia de que el Visitante habría de rociar la gracia de la vida a todo aquel que asistiera a la ceremonia por su bienvenida, otras multitudes, de lugares no próximos a la plaza, asoman su interés por las líneas, arcadas de las colinas y montañas y del horizonte de los valles; líneas empleadas para el contraste, y para la separación, entre la tierra y el azul oscuro de una bóveda celeste que evidencia la fijación de la noche. Sobre la tierra, como en otras ocasiones, las gentes portan antorchas, y el día, enfriado, se prolonga, aunque esta vez sin que el cielo se ilumine, excepto la atmósfera de humo que a escasos metros de altura ciñe a los participantes de la fiesta.

Entonces México y Cuernabala son dos ciudades vecinas que intercambian obsequios a fin de que el rito se efectúe, sin que los gobernadores de la plaza y del monasterio de la eterna primavera, ni sus gobernados, se percaten de que en el distante cielo se prepare la tormenta mortal del fuego negro.

Voluntarios dispuestos para la organización de masas, se anotaron en las listas correspondientes que los gobernadores pidieron a los maestros de ceremonias castrenses pertenecientes a los cuerpos de sus servicios personales. Inmediatamente, por indicación de éstos, que sumaban no menos de seiscientos jefes, los soldados a su cargo se repartieron por el valle de

México y por el de Cuernabala y por la cresta de las montañas que a las dos planicies separan, a fin de enlistar al mayor número de quienes quisieran participar. Las gentes, por cientos y millares, todas adictas a la fiesta de la sensualidad, se amontonaban alrededor de cada soldado y proporcionaban sus nombres y con atención escuchaban a qué hora de la noche debían enfilarse rumbo a la plaza, con cantos y bailes diversos previamente preparados, conforme a los lineamientos de las comisiones que se organizarían dentro de las subdivisiones, las que naturalmente existieran en cada área geográfica.

Como podría imaginarse, el espectáculo resultó muy bonito. Al fin de todo, la celebración hubo de prolongarse durante muchas horas y muchos días y semanas, y durante muchos meses e incontables numerosos años, durante los que infinidad de columnas de hombres y mujeres, de niños y de niñas y de adolescentes y ancianos, se formaron en procesión, de todas partes, a fin de llegar a la plaza y al barco que ahí se encontraba mostrando en su elevada plataforma la figura de Gregorio Mercader y la magnífica erección de su incansable mástil.

Del libro en proceso *Plaza de Santo Domingo. 4: Crescendo continuo.*

